cielo un Dios que está viendo desde arriba sus infamias y sus crímenes, y debajo de sus pies un infierno perdurable que les espera para darles su merecido? No: lo mejor y lo más expedito es suprimirlo todo, y ancha Castilla. Pues qué, ¿los ladrones y los asesinos no suprimirían, si pudiesen, la Guardia civil? Pues serían unos tontos.

—Mire V., sin ser yo nada sabio, muchas veces he dicho para mi coleto: ¡Aquí hay intríngulis! Aquel médico de mi pueblo que nos predicaba en el club que no había infierno, ni Dios, ni alma, mire usted, era luego una pieza que hasta allá... Mucho de igualdad y fraternidad, y daba dinero á los pobres á real el duro al mes....; muchas *filantropías*, y fué concejal dos años, y salió rico.... Si lo es tres, no quedan ni clavos en el Ayuntamiento.... Mucho ¡viva la libertad! y, en efecto, él tenía unos líos con una buena moza del pueblo, que ni el demonio los entendía. Hasta andaba en escalamientos y todo. Entretanto su pobrecita mujer, que era una santa, se murió, abandonada por él, de hambre y de disgusto. Pues si viera V. qué soflamas nos echaba

en contra de los neos, los curas.... y todo eso que V. tanto pondera. Sobre todo cuando hablaba contra el infierno y la confesión, se ponía elocuente y fuera de sí.

—Claro, por la cuenta que le tenía. Porque, figúrate tú: si hay infierno, ¿qué será de él si no se convierte, y qué si se le ocurre ir á confesar? Le harán que arregle, antes de perdonarlo, las trabacuentas de marras en el Ayuntamiento.

Le quiero explicar todo esto más despacio, porque es cosa muy importante. Para creer en la Religión no son bastante todos los talentos y todas las sabidurías del mundo, sino que se necesita, además, haber recibido de Dios la humildad de espíritu y la rectitud de corazón indispensables para tener fe.

Y cabalmente esta humildad de espíritu y esta rectitud de corazón suelen ser lo primerito que falta á los pocos sabios que hay sin religión. De ellos, hay unos que, enteramente entregados á su pasión de saber, no solamente ignoran la Religión, sino que ni siquiera piensan en que tal Religión existe; y mientras se pasan toda su vida miran-

do á las estrellas, examinando las hierbas de los campos ó inventando máquinas, no dedican un rato siquiera á pensar que tienen un alma, ni se acuerdan para nada del Dios bueno y omnipotente que ha criado aquellas estrellas, que hace crecer aquellas hierbas en los campos, y que les dió el entendimiento que les sirve para inventar aquellas máquinas.

Esta clase de sabios, embebidos en sus estudios, se avergonzarían, si cayeran en la cuenta, al ver que de las cosas más importantes á un hombre saben menos que un niño de la escuela que aprenda bien el Catecismo. Así es que cuando alguna vez, por casualidad, hablan de Religión, dicen disparates tan gordos como diría un patán hablando de Medicina.

Hace algunos años que refirió la prensa un hecho que á propósito he de contarte.

No sé qué altísimo personaje (perdóneme la memoria de M. Thiers si indebidamente asocio á su nombre este recuerdo) tuvo que ir á cierta solemnidad religiosa en la capital de la República francesa, creo que á la iglesia de la Magdalena; y como iba con

carácter oficial, salió á recibirle una comisión del clero; y al ofrecérsele el hisopo con el agua bendita para que, humedeciendo con ella los dedos, pudiera persignarse, ¿qué dirás que hizo nuestro hombre, es decir, el hombre de los republicanos franceses? Pues, ignorando el objeto con que le presentaban el hisopo, lo cogió, y entróse con él iglesia adentro; y no sabiendo qué hacer con aquel instrumento que le estorbaba, parece que se lo dió á otro *sabio* personaje, que se lo metió debajo de la levita; y conociendo á su vez que el sastre no la había hecho para cubrir aquel trozo de metal, dió á otro patriota el hisopo, que así corrió entre los asientos de los invitados de mano en mano, hasta que, recibido por el último dignatario, tuvo éste á bien dar por terminado aquel ridículo zarandeo entre las salapadas risitas de algunos, poniendo aquel instrumento acusador de la ignorancia de todos ellos en el suelo, debajo de su asiento.

Otros hay, ya en mayor número, que no son tan ignorantes en punto á Religión, pero que, rebosando de orgullo, quieren tratar con Dios de igual á igual, y tienen á

menos creer los misterios de nuestra fe porque *no los entienden*. Ellos dicen que no quieren admitir lo que su razón no puede penetrar : como si la razón del hombre penetrase siempre todo lo que admite por verdadero ; como si no creyéramos todos, y no creyeran ellos mismos muchas y muchas cosas que ni entienden ni podrán nunca entender. Que explique un sabio *cómo* sucede que, de una cosa tan pequeña como es una bellota, sale un árbol tan grande como es una encina; que digan *cómo* la clara y la yema de un huevo llegan á convertirse en la carne, los huesos y las plumas del ave que sale de él después de empollado. Ellos no pueden menos de creer, y lo creen, que de la bellota se forma la encina, y del huevo el ave; pero en cuanto á entender *cómo* sucede, no lo entienden.

Pues del propio modo, aunque no entienden los misterios de la Religión, debía bastarles ver las grandes verdades que en ellos se encierran y los grandes bienes que producen en el mundo, para creerlos sin más averiguación. Pero, no señor, les parece más bonito desmentir al mismo Dios que

se los ha enseñado; y, rebeldes contra Jesucristo, no ven que su mismo orgullo les quita el entendimiento en este mundo, y los priva de la eterna luz del otro.

Estos tales son los que dicen que la Religión es cosa buena allá para la gentecilla de poco más ó menos , pero que para ellos, sabios profundos y hombres de gran caletre, está de más el emplearse en esas niñerías.... ¡Niñerías le llaman á saber si hay un Dios todo poderoso, si tenemos un alma inmortal, que le ha de dar cuenta de lo que hemos pensado, hablado y obrado en esta vida! ¡Si hemos de ser premiados por nuestras buenas obras y castigados por las malas! ¡Si el hijo de Dios derramó su sangre por redimirnos y salvarnos! ¡Si su gracia soberana nos ayuda con amor á sobrellevar las miserias de esta vida y á ganar el cielo prometido!.... Á esto le llaman niñerías esos que á sí mismos se llaman sabios. ¿Qué te parece á ti de esta sabiduría?

¿Sabes lo que casi siempre pasa con estos tales sabios, y en lo que consiste su orgullo presuntuoso y necio? Pues es en que, por lo general, tienen vicios y hacen cosas

que la Religión condena y castiga, y ellos no quieren confesar esta Religión que reforma sus malas inclinaciones, que los acusa por sus vicios y que los amenaza con penas sin término. Esta es la verdad, amigo mío, y atente á la experiencia : verás como yo no te engaño.

En la hora de la muerte ningún católico se hace impío, y muchísimos impíos se hacen católicos. ¿Por qué? Te lo diré otro día.

—Por mi parte no hay inconveniente en que hable V. ahora mismo de esos caballeros.

—¿Sí? Pues allá va.

X

Cómo murió Voltaire.

Difícil es que no hayas oído hablar del francés *Voltaire* (en castellano se pronuncia Volter). Este fué un hombre de gran talento y de saber no escaso, que se hizo muy famoso en el siglo pasado por sus burlas y blasfemias contra la Religión cristiana : todo lo que sabía, todo su talento, toda su vida la consagró á escandalizar y escarnecer

á los cristianos, que no parecía sino que el mismo demonio obraba en su persona.

Pues bien: este hombre, tan célebre por su odio y su desprecio de la Religión, habiendo caído enfermo en París, y creyendo llegada su última hora, pidió de prisa y corriendo á un sacerdote que lo confesase. Pasóle aquel ataque, y juntamente con el temor á la muerte olvidóse del Dios á quien había invocado. Pero el ataque le repitió al mes, y vuelta nuestro hombre á pedir los auxilios de la Religión; sólo que ya esta vez los amigotes que le rodeaban y que habían celebrado grandemente sus impiedades, se compusieron de modo que no dejaron penetrar en la alcoba del enfermo al sacerdote. ¡Ya se ve! Para aquellos señores que habían encomiado tanto las bufonerías blasfemas de su maestro, y que, en la ocasión más crítica de probar su desprecio de la Religión, le veían reclamar sus auxilios, era asunto de vanidad y grande interés el que no se dijera de ellos que habían estado toda su vida aplaudiendo infamias de que se retractaba el mismo que se las había hecho aplaudir. Por eso impidieron la en-

trada al sacerdote, y lograron que el desdichado enfermo muriese maldiciendo de ellos y en una desesperación espantosa.

Te advierto que todo esto se sabe por el testimonio del mismo sacerdote que fué llamado, y por el médico que asistió al famoso impío hasta su último instante.

APOSTOLADO DE LA PRENSA

El objeto de esta publicación es el de propagar, entre las clases obreras sobre todo, buenas lecturas, encaminadas principalmente á contrarrestar la propaganda incesante de la prensa impía.

La Junta de Gobierno escogerá, después de maduro examen, los impresos que se han de divulgar, acomodados siempre por su solidez, sencillez y gracia á las necesidades morales y gusto del pueblo, y pondrá sumo empeño en elegir personas que discreta y útilmente los repartan, de modo que sean leídos y dé su lectura el deseado fruto. Aquellas personas que, ó por su vocación, ó por su celo, están en contacto con los pobres é ignorantes, merecerán para este oficio la preferencia.

VAN PUBLICADOS

EL PORQUÉ DE LA RELIGION. — (3.ª ed.)
MAS SOBRE LA RELIGION. — (3.ª ed.)
SI ES VERDAD QUE EXISTE DIOS. — (2.ª ed.)
¿QUE ES ESO DE LA CONFESION? — (2.ª ed.)
BURGUESES Y PROLETARIOS. — (3.ª ed.)
PAN Y CATECISMO. — (2.ª ed.)
EL TERCERO, SANTIFICAR LAS FIESTAS.
¿QUIEN HA VUELTO DEL OTRO MUNDO?
¿PARA QUE SIRVEN LOS CURAS?
CATOLICOS Y MASONES.
GUERRA A LA BLASFEMIA.
CREO EN JESUCRISTO.

Cada obra forma un tomo en 8.º mayor de [illegible] páginas, ilustrado con grabados.

Para los pedidos y suscripciones de esta obra de propaganda, dirigirse á la Librería Religiosa de Guillermo Herrero y Compañía, San José el Real, núm. 3, Méjico.